

De la guerra como continuación del fútbol

Luis Carbajal

La guerra es la continuación de la política por otros medios --dijo Clausewitz--, y la situación de guerra actualmente planteada entre Argentina y Chile lo confirma.

El gobierno argentino ha realizado recientemente varias acciones provocativas: expulsión de miles de trabajadores chilenos, de sus empleos a otros miles, intensificación de controles sobre los restantes, negativa a vender ciertos equipos, prohibición al paso de camiones brasileños destinados a Chile, traslado de armas y unidades militares a la frontera. La compra de armamentos --por ejemplo submarinos que cuentan centenares de millones de dólares-- se ha acelerado, y el estado de movilización de medio millón de reservistas, paso previo a la movilización misma, es una acción de envergadura des acostumbrada. Ningún gobierno argentino en lo que va del siglo ha hecho nada parecido. Sacar a medio millón de hombres de sus empleos implicaría una indudable desarticulación económica, en un país que sufre la más alta inflación del mundo (entre 150 y 180 por ciento anual) y una recesión económica que parece no tener fondo: sólo en las últimas dos semanas diez mil trabajadores han perdido sus empleos. Pero la agravación de la situación económica por causa de los gastos de guerra no es factor que tengan en cuenta los militares argentinos; la racionalidad económica no entra en sus cálculos porque para el fascismo es absoluta la primacía de lo político. El fascismo tiene la necesidad de mantener la iniciativa política, esto es de movilizar a las masas. En una situación de brutal deterioro económico y supresión de todo tipo de derechos de la clase trabajadora, el fascismo tiene que movilizar masas para evitar que ellas se movilicen en defensa de sus derechos. La culminación lógica de la movilización de las masas por el fascismo es la guerra, que se explica por su necesidad absoluta de consolidar su dominación política.

Argentina es un país de enormes recursos naturales, con un territorio de cerca de tres millones de kilómetros cuadrados y escasa densidad de población. Nada significan para un país de esas características tres pequeñas islas desoladas del Canal de Beagle. Suponiendo que exista un legítimo interés nacional en cuanto a la soberanía sobre la plataforma submarina que se encuentra entre esas islas y la Antártida, ese problema no es urgente y es solucionable a través de negociaciones.

Las islas no son el problema de Argentina: su problema es la liquidación de la Junta Fascista o de cualquier engendro. Los rasgos centrales de la política de la Junta son los del fascismo europeo: dictadura terrorista del

capital financiero y agrario, violencia paramilitar al margen de los organismos represivos del Estado, intensificación de todo tipo de mecanismos de manipulación, regimentación y control social; promoción del culto a las armas y romanticismo feudal, odio a la cultura. Pero le faltan todavía algunos ingredientes para ser un régimen fascista completo. Le falta el *Führer* (por ahora ese papel lo cumplen los altos mandos militares) y la unificación de la burguesía en un solo partido. Ese es un problema central para la reacción argentina: el no haber conseguido esa unificación y la falta de acuerdo sobre cómo lograrla es todavía su debilidad más seria. Por ello se lanza a la guerra. Lo que al fascismo europeo le llevó años --incluido el aplastamiento político y militar de la clase obrera y la posterior y cuidadosa preparación militar para la guerra de agresión-- el fascismo argentino quiere efectuarlo en forma simultánea. Y parece estarlo consiguiendo. Ha logrado el apoyo de los partidos burgueses tolerados, como lo demuestra la ola chovinista que incluye la declaración de los dirigentes peronistas Deolindo Bittel, Benito Llambi a Italo Luder contra la "agresión" chilena. Pero es posible que los militares argentinos estén haciendo cuentas alegres al confiar en una victoria rápida sobre Chile y en la inacción de Brasil.

Desde el punto de vista chileno, el conflicto es un regalo del cielo para Pinochet, ya que indudablemente fortalecerá su frente interno y con ello descolocará temporalmente a los partidos de izquierda. Pero los pueblos quieren la paz, como lo demuestra la multitudinaria manifestación en favor de la paz realizada hace algunas semanas en Buenos Aires bajo la orientación de la Iglesia Católica. La posición en favor de la paz de la mayoría de ambas Iglesias (argentina y chilena) es un factor indudablemente positivo. Sin embargo, es posible que algunos sectores menos politizados, y hasta algunos sectores de izquierda se dejen llevar por la histeria chovinista.

Ante esa situación los revolucionarios, demócratas y verdaderos patriotas argentinos y chilenos tienen la enorme responsabilidad de mantener una posición de principios, de negar cualquier concesión al chovinismo y cualquier conciliación con las Juntas. No puede haber interés más vital para ambos pueblos que el de librarse de las Juntas, restablecer regímenes democráticos y a través de ellos marchar hacia imprescindibles transformaciones económicas y sociales. La consigna de todos los revolucionarios, demócratas y verdaderos patriotas argentinos y chilenos no puede ser otra que: *paz a los pueblos, guerra al fascismo!*